

Los monumentos como proyección ideológica: la ciudad de Chihuahua a principios del siglo XX

Mario Alejandro Domínguez Cruz

(Universidad Iberoamericana Ciudad de México, México)¹

Resumen: El presente trabajo utiliza la teoría desarrollada por el historiador Reinhart Koselleck acerca del uso moderno de los monumentos, y trata de aplicarla en el caso del Chihuahua de comienzos del siglo XX. Los monumentos erigidos por los miembros de la familia Terrazas-Creel, en la época, cumplían una función de recuerdo y culto a los héroes militares del pasado, pero más allá de eso, también, imponían en el ciudadano común la agenda ideológica de la elite gobernante. A grandes rasgos, por medio de tres ejemplos, se intentará comprobar que los monumentos de Chihuahua justifican la muerte de las personas a quienes rinden culto, en pos de un mejor mañana. Se establecieron con ellos, el vínculo y la conjugación entre los tiempos pasado y futuro. Desde el pasado, el fallecimiento de un individuo estableció las condiciones del presente, y también, sin su muerte, no se pudo pensar en un porvenir.

Palabras claves: Terrazas-Creel, Koselleck, Monumento, Chihuahua, Modernidad.

Abstract: This work uses the theory of the historian Reinhart Koselleck about the modern purpose of the monuments, and tries it to apply in the Chihuahua early twentieth century case. The monuments erected by the members of the Terrazas-Creel clan, at the time, fulfilled a function of remembrance and worship to military heroes of past and also, they imposed to the citizen an ideological agenda. In a nutshell, by means of three examples, it will be tried to verify that the monuments of Chihuahua justified the death of the people to whom they render cult, in favor a better tomorrow. With them established it the link and the conjugation between past and future times. From the past, the dead of a person, established the conditions of the present, and also, without it, could not think of a future.

Keywords: Terrazas-Creel, Koselleck, Monument, Chihuahua, Modernity.

Recibido: 27 de agosto. Aceptado: 25 de setiembre.

1. Licenciado en Historia por la Universidad Autónoma de Chihuahua y Maestro en Historia por la Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Se especializa en la Historia del norte de México durante el siglo XIX y principios del XX. Candidato a Doctor en Historia por la Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Correo electrónico: mariosandia.89@gmail.com

I

Recorrer la ciudad de Chihuahua a principios del siglo XX debió ser una experiencia asombrosa. De sólo pensar que en ella habitaba una de las familias más adineradas e influyentes políticamente durante el porfiriato, los Terrazas-Creel, hace imaginarla como un ejemplo del urbanismo moderno que reflejaba materialmente el orden y progreso. Uno como individuo de la actualidad puede imaginarse recorriendo sus calles céntricas recién pavimentadas, sus edificios de gobierno simbólicamente serios y excelsos, las grandes mansiones de las familias adineradas sobre los principales paseos adornado con frondosos árboles y sus principales cruces e intersecciones repletos de monumentos históricos y cívicos. Quien la imagina, es probable, no lo pueda hacer sin idealizarla en sobremanera.

Unas cuantas décadas atrás, por el inicio del año 1880, la ciudad de Chihuahua apenas comenzaba a destellar su promisorio futuro. El fin casi decidido de las guerras contra las tribus bárbaras, la introducción de las vías férreas y el precipitoso ascenso de las elites liberales locales, fueron factores determinantes del auge de la ciudad norteña. Una nueva época de prosperidad necesitaba de un nuevo concepto fundador que se proyectara en todas direcciones. Desde entonces, la noción de “modernidad” trascendió en el presente extendiéndose como onda expansiva hacia el tiempo pasado tanto futuro.

Con la base de ese concepto temporal, la elite chihuahuense porfirista ideó discursiva y materialmente la forma de vida en la ciudad. Con el discurso, por ejemplo, se construyeron alocuciones abogando por una época de ciencia y progreso, además se dieron forma a los primeros relatos históricos que dieron la posibilidad de discernimiento de una época antigua –cuya forma principal era caótica– y otra moderna –que a diferencia de la antigua se caracteriza por ser ordenada y pacífica–, tal es el caso de la obra de José María Ponce de León titulada *Reseñas Históricas del estado de Chihuahua* (1905) o el *Álbum-Directorio del estado de Chihuahua* (1904) de Federico García y Alva. Empero, la proyección del concepto rector no sólo quedó en el ámbito lingüístico, por lo contrario, el mismo se manifestó en las calles, arquitectura y urbanismo de la capital del estado, de manera física y tangible.

El presente ensayo trata de hacer un estudio de la ciudad de Chihuahua en las postrimerías del porfiriato. Será entonces, un detallado análisis y descripción de los monumentos de la ciudad y cómo estos complementaron la construcción ideológica y política de la elite gobernante. Se trata de evidenciar la politización y democratización del concepto de “modernidad” en Chihuahua, y de qué manera se reforzó con las formas discursivas plasmadas en libros, discursos y narraciones, además de físicamente, con la construcción de una variada gama de monumentos que permitieron al ciudadano común, al pasear junto a ellos, entender su momento histórico y su lugar en el mundo. Estas edi-

ficaciones de cantera y roca, cumplieron una tarea pedagógica que asintió a los grupos gobernantes ilustrar sus ideales y valores, entre otras cosas asegurar que gracias a ellos y sus sacrificios, la vida por entonces vivida, era posible.

Entonces, cumplir la meta requerirá la asistencia de la teoría desarrollada por el historiador alemán Reinhart Koselleck. Sus detallados estudios acerca de la utilidad política del monumento en la época moderna serán la base del presente estudio. Tales supuestos permitirán la observación de los monolitos chihuahuenses. En cuanto al material a trabajar, serán tres monumentos, los cuales hasta hoy pueden ser vistos en las calles de la ciudad.

Los monumentos en cuestión se erigieron al final del porfiriato, en el año de 1910, y fue más que nada a causa de los festejos del centenario de la independencia nacional. El mandamás político por entonces, Enrique Cley Creel, mandó edificar una serie de monumentos que, en última instancia, tenían como fin el afianzar y justificar el proyecto de modernidad terracista muy en boga en el periodo. Fue la coincidencia de las fechas patrias un excelente pretexto. Dichos monolitos son el dedicado a la batalla de Talamantes ocurrida en el año de 1860, el del héroe de la reforma Manuel Ojinaga, muerto en batalla en el año de 1865, y por último, el edificado en honor al héroe de la batalla de Tres Castillos, acontecida en el año 1880.

En cuanto a la estructura interna, el presente escrito operará de la siguiente forma: primero se desarrollará el concepto de modernidad en Chihuahua a principios de siglo y su proyección tanto física como narrativa. Segundo, se comentará el trabajo de Koselleck y sus aportes metodológicos. En tercer lugar, se identificarán y describirán los monumentos en cuestión y se explicará cómo estos cumplen con su propósito político e ideológico. Por último, se tratará de establecer algunas aseveraciones finales resultantes del previo análisis de los monolitos. Así que, por lo pronto, se inicia con la problematización del concepto del tiempo moderno en Chihuahua.

II

Si se retoman las construcciones narrativas del concepto de modernidad en Chihuahua, se advertirá que la primera vez que se usa tal concepto es el año 1904, dentro de las páginas del Álbum-Directorio del estado de Chihuahua. Hasta el momento, esa es la referencia más antigua de la democratización de ese concepto, y fue con la finalidad de hacer la distinción de un tiempo nuevo y próspero. Si el lector sabe de alguna referencia más antigua, pediría que refutara de inmediato la preliminar afirmación. Dicho esto, la noción de un Chihuahua “moderno,” tiene como fin básico el hacer oposición entre una época pasada o un Chihuahua “antiguo,” el cual predominantemente estaba plagado de

pasajes históricos caóticos y conflictivos, donde se desarrollan combates e invasiones. Contrariamente, la era moderna en dicha representación narrativa, se caracteriza por ser un lapso de paz, encaminado por valores tales como orden, el trabajo y el progreso (García y Alva, 40-50).

Lograr establecer las dos épocas que regían el proceso histórico estatal de Chihuahua, requirió la observación de un acontecimiento de gran efecto que marcó un antes y un después. El chihuahuense de principios de siglo XX encontró su punto de referencia temporal en la batalla de Tres Castillos, efectuada a mediados del mes de octubre de 1880. En ella, las fuerzas armadas del estado de Chihuahua derrotaron a las tribus nómadas al mando del guerrero Victorio. El evento desde entonces cobró una categoría referencial. Si se logró esclarecer una disconformidad en el tiempo, fue por él y desde él (García y Alva, 40-50). A lo que respecta de la batalla de Tres Castillos, la narración dice:

Las precauciones parecían inútiles y todos los esfuerzos infructuosos, recorriendo el más temible de los jefes indios, el famoso Victorio, la región boreal de Chihuahua señalando su paso con el incendio, el pillaje y la matanza escapando a la incesante persecución de más activo, valeroso y conocedor de los jefes que han hecho la guerra a los bárbaros: el Coronel Joaquín Terrazas, que por fin logró en “Tres Castillos” (Distrito Bravos) exterminar a Victorio y a su gavilla obteniendo un triunfo que no consiguieron los soldados de la Unión Americana con cuantiosos elementos, y de tal trascendencia que marcó el hasta aquí a las invasiones y libertó a Chihuahua del tributo de la sangre y de riqueza que pagaba a los insaciables enemigos de la raza blanca. (García y Alva, 29)

Queda explicitar cómo era ese Chihuahua moderno. Para la elite terracista, la modernidad se expresaba en una forma de vida. Por ejemplo, un Chihuahua moderno era aquel que tenía grandes complejos fabriles y colonias obreras alrededor del mismo, era vivir en avenidas amplias y arboladas, decoradas en sus extremos por grandes chalets y casas de campo. Vivir la modernidad era vestir, como miembro de las familias adineradas, con pantalón, saco y corbatín, en cambio, los obreros, debían de vestir mezclilla y overoles. El Chihuahua moderno, se caracterizaba por tener un urbanismo ordenado y acorde el capitalismo naciente, y su arquitectura, era sobretodo efectiva y funcional, muestra de ello fueron los edificios erigidos en el periodo, tales como el Palacio de Gobierno, el Palacio Municipal, la Penitenciaría Estatal, el Teatro de los Héroes y la escuela de Artes y Oficios. La ciudad moderna tenía monumentos apolíneos y soberbios. El Chihuahua de los Terrazas-Creel, era aquel donde el desconcierto era cosa del pasado, así como sus perpetuadores: los indios bárbaros y los conservadores. Y del presente eran el trabajo constante y la paz perpetua, sólo viables por el esfuerzo y sacrificio de los miembros del bando liberal (García y Alva, 29).

En cuanto al tema de discusión, los monumentos, estos recordaban y retribuían el sacrificio de los hombres del pasado. Es decir, su propósito se basaba en señalarle al

sujeto que vivió durante el porfiriato que esa modernidad vivida fue posible gracias a la causa y sacrificio de los hombres a quienes les rendía tributo. Su muerte no fue en vano y sin sentido, en cambio, fue fundadora y trascendental.

Lo que sigue a continuación, por lo pronto, es desarrollar las ideas que Koselleck tuvo en torno a los monumentos y su función práctica. Dicho apartado, permitirá más adelante poder entrar de lleno al estudio de los monumentos de la ciudad de Chihuahua. Comienza una nueva sección.

III

Reinhart Koselleck en uno de sus más afamados textos traducidos al español titulado *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, hace referencia al uso moderno de los monumentos en Europa, principalmente en dos naciones: Alemania y Francia. Tras su análisis preciso, dilucida que la muerte violenta y absurda, originada por un conflicto bélico, ya sea una guerra entre naciones o una revolución, debe de ser dotada de sentido. La muerte violenta, para Koselleck, es aquella que no se busca ni llega naturalmente, es generada y organizada por alguien o algo además de ser traumática y masiva. Según sus palabras, la experiencia de las guerras hace decir a sus sobrevivientes que la muerte no es algo que se busca, tampoco es voluntaria. El meollo del asunto es, el qué hacer con los muertos, la respuesta se encontró en el culto político de la muerte. En otras palabras, si se muere en combate es por alguna razón o por una causa. En cuanto a esto, Koselleck escribió:

El afán por encontrar un sentido a la muerte violenta es tan antiguo como la capacidad de los hombres de matarse unos a otros. Con la Revolución francesa se produjo un cambio significativo en esta búsqueda de significado. Todo aquel que hubiera muerto por la lucha revolucionaria en pro de la libertad debía ser recordado singularmente en un monumento. Fue entonces cuando surgió el culto político a los muertos, que más allá de un privilegio cristiano transformó la muerte del soldado en un deber nacional. (Koselleck, 149)

Es, por tanto, que la muerte del soldado en el campo de batalla es encausada por la promesa de un mejor mañana. Murió por eso, por un mejor porvenir. Es por ello que el monumento se convierte en el objeto de culto hacia la víctima. La estela conmemora el sacrificio. Inmóvil y apacible, perdura ante el avance de los años. Su porqué es rememorar a las generaciones venideras el sacrificio heroico de los protagonistas del pasado. Es una promesa de no muerte, de existencia perpetua por medio de la memoria. En cuanto a sus propiedades inherentes, el monumento, distingue Koselleck, funciona de una similar manera que los conceptos, esto en cuanto a que ambos procuran establecer horizontes de expectativa. Son elementos fundadores de proyectos a futuro:

Es un nuevo culto mundano que no tiene un carácter religioso, aunque adopte sus formas, y cuyo fin consiste en aunar en un horizonte de significado común el pasado de la muerte con el futuro de los supervivientes. El lugar de más allá cristiano, donde se hallan los muertos, lo ocupa el futuro político. Esta función de los monumentos de guerra –antes sólo había monumentos de la victoria o en memoria de los príncipes y generales del ejército- se ha mantenido hasta la segunda Guerra Mundial. Es un rasgo propio de la modernidad. (Koselleck, 149)

A su vez, el académico Diego Fusaro de la Universidad Vita-Salute San Raffaele de Milán, en un artículo publicado en la revista *Historia y Grafía* en el segundo semestre del 2015, aborda la temática de los monumentos desde su propia lectura e interpretación de la obra de Koselleck. En su pasaje titulado *Reinhart Koselleck y los monumentos como indicadores de cambios históricos y políticos*, opina que los monumentos, en la época moderna, no sólo cumplen con su función primaria de recordar a los muertos, su funcionalidad va más allá, ya que establecen una justificación racional de la muerte. Aunado, el monumento juega un crucial papel en la conjugación de los tiempos, puesto que este se vuelve en la huella de un suceso del pasado que permanece en el presente y da pie a un proyecto para el futuro. En relación con las palabras antes escritas, Diego Fusaro escribió:

En este contexto moderno donde por completo se impone el dispositivo político de sentido del “morir-por-algo,” pues está la convicción de que los soldados caídos en batalla perdieron la vida combatiendo *en nombre de algo*, y con más precisión en nombre de un futuro mejor, a su vez entendido como sede de la realización de proyectos para los que se había combatido. (Fusaro, 107)

En cuanto al contenido simbólico de los monumentos, Fusaro, no pasa de lado el sentido ideológico. Para él, las estelas en recuerdo de la muerte indisolublemente tratan de proyectar una firme agenda política. El pasado se convierte en pretexto para la fundación de los proyectos políticos del presente y su horizonte en el tiempo venidero. Su muerte se justifica por la salvaguardia de ideales y conceptos fundadores, tales, por ejemplo, la libertad, el progreso, la justicia o humanidad. Es por tanto posible el presente, en gran parte por su noble sacrificio:

Como esboza Koselleck, el significado de los memoriales de guerra modernos es –a partir de este punto de vista– *futuroológico y político-ideológico*. El verdadero objetivo que se proponen es el transmitir mensajes de elevado contenido ideológico y político al presente y futuro, dotando de sentido a la muerte de aquellos difuntos, en apariencia absurda e insensata, en referencia al futuro que ha florecido y que sin ellos hubiera sido posible. (Fusaro, 105)

Por lo pronto, se considera que se dio un plano lo suficientemente concreto del empleo práctico del monumento, continuar escribiendo de ello sería redundante y aportaría poco a los objetivos de la presente propuesta. Los puntos clave fueron desarrollados. Queda decir en cuanto a lo escrito sobre la teoría de Reinhart Koselleck, que si

bien es cierto que su creador construyó sus argumentos a partir de los ejemplos habidos en Europa, y en particular de países como Alemania y Francia, su teoría da para más. El presente texto académico y su creador, pretende llevar estos argumentos a la historia de México. Existen algunos casos excepcionales de monumentos en la ciudad de Chihuahua, que al estudiarse con precisión, se logra distinguir en ellos los elementos antes referidos. No es un caso único y singular de Europa o América del Norte. Es por ende, ésta, la propuesta del escrito. Quien en su momento no concuerde con ella, se invita cordialmente que haga uso de estos espacios de divulgación académica para refutarlo o desmentirlo, es libre de hacerlo. Estos lugares fueron con creados por esta razón, divulgar y discutir el conocimiento, así tanto como innovarlo. Ahora, se pasa al estudio de caso del Chihuahua a principios del siglo XX.

IV

La capital del estado de Chihuahua durante el porfiriato presumía ser un moderno y sofisticado centro urbano mexicano. En su más famosa obra, *La Revolución Mexicana*, el historiador inglés Alan Knight la describe como una “capital en auge de unos 25,000 habitantes” misma que contaba con una fundidora, fábricas textiles y de cerveza, compañías telefónicas, bancos y varias residencias valuadas en más de \$ 10,000 (67). Justo en su cúspide, una oligarquía política y económica con orígenes liberales, que en el comienzo de siglo se afianzan como los amos y señores de Chihuahua. Dicha oligarquía se personificó más que nada en la familia Terrazas-Creel, y desde lo más alto de la pirámide social diseñaba el rumbo de la ciudad.

Al igual que Alan Knight, el historiador François Xavier Guerra en su libro *Del Antiguo Régimen a la Revolución* trata de explicar el orden de la estructura social del México de Porfirio Díaz. Considera que las grandes urbes y capitales de México residía una elite social restringida, dueña de grandes haciendas y propiedades fuera de la ciudad que poco visitaban, también las habitaban banqueros, industriales y miembros respetado de profesiones liberales que debieron su accenso social por medio del prestigio o lazos familiares (Guerra, 355). Debajo, en la estructura social, las clases medias y bajas, ellas dedicadas a trabajos independientes y artesanales, o bien, obreros asalariados en la grandes industrias de la ciudad. Así pues, la organización de las clases inferiores:

debajo de la elite restringida y relativamente cerrada, todo un conjunto de clases medias, que van de las profesionales liberales, de los funcionarios más altos y de los industriales y comerciantes más importantes, a los artesanos que poseen tiendas, a los empleados y técnicos de las nuevas actividades industriales y de servicio... Finalmente, en los niveles más bajo, todo un conjunto de grupos que van desde los pequeños oficios precarios y a menudo sin instalaciones permanente, hasta los obreros de las nuevas industrias. (Guerra, 355)

Esclarecidas las clases sociales de la ciudad moderna y sus roles dentro de ella, se pasa al comentario de la agenda política e ideológica de las clases gobernantes. Continuando con Xavier Guerra, su texto, argumenta que las riendas políticas del país, tras el fracaso de intentona del imperio, cayeron en manos de una minoría ilustrada teniendo como base de acción la constitución de 1957 y cuya tarea principal era imponer un plan sistematizado de modernización nacional (Guerra, 182). Su proyecto entonces era, desde lo más alto del poder, dirigir los caminos del país por la teoría liberal, y esto implicaba por supuesto, el deber cívico y hasta en cierto grado moral, de educar a las clases inferiores en el proyecto nacional. Guerra mejor que nadie explica el plan de acción de la elite liberal:

Dueña innegable del poder bajo Díaz, su acción tenía que reforzarse necesariamente. Una vez logrado el orden, el progreso se convierte la palabra clave del régimen. Se trata de seguir el ejemplo de los países más avanzados de la época, de modernizar al país, diríamos hoy. Y para hacerlo la elite liberal refuerza el instrumento de su poder: el Estado. El liberalismo deja hacer y del dejar pasar es más un objetivo que deber. (Guerra, 302)

Inculcar la agenda de la elite liberal en el pueblo mexicano se llevó de diversas formas, por ejemplo, fiestas cívicas con desfiles y kermeses, eventos culturales como conciertos y representaciones históricas o la construcción de magníficos monumentos. En cuanto a los últimos, los Terrazas-Creel, procuraron enaltecer su ideología por medio del culto a los muertos. En el año de 1910, el gobierno del estado erigió algunos monumentos en la ciudad de Chihuahua, dos de ellos, rinden homenaje a las prominentes figuras militares de la guerra de Reforma y La Intervención Francesa, el tercero, rinde decoro al coronel Joaquín Terrazas, famoso por haber combatido en contra de los invasores franceses y a las tribus bárbaras indias. Tales edificaciones fueron proyectadas por los mismos tres arquitectos, los señores Enrique Esperón, José Arguelles y Julio Corredor, este último, también famoso por haber diseñado la famosa Quinta Gameros en la misma ciudad de Chihuahua. Es importante mencionar, que en tales eventos históricos, miembros de la familia Terrazas se vieron hondamente involucrados. Un ejemplo de excelencia fue la vida del Gral. Luis Terrazas, quien ganó sus glorias militares combatiendo a favor de la causa liberal además de haber enfrentado a los invasores franceses y haber perseguido a los indios nómadas en las vastas llanuras chihuahuenses.

Sigue entonces la descripción de los ejemplares a estudiar. El primero de la lista será monumento del general Manuel Ojinaga (imagen nº1), inaugurado solemnemente por el gobernador del estado el día 17 de septiembre de 1910. Pero antes, una pequeña contextualización acerca de la vida del general.

Manuel Ojinaga nació en el municipio de la Cruz, Chihuahua, en el año de 1833. Desde el año de 1851 cambió su residencia a la ciudad de Chihuahua donde trabajó

como empleado de la Contaduría Mayor de Hacienda. Después viajó a la ciudad de México para comenzar sus estudios de carrera. Ingresó al colegio de Minería de México en donde recibió el título de ingeniero en minas y ensayador en el año de 1961 (Almada 127).

Al comienzo de la guerra contra la Intervención Francesa y el Imperio, se enroló decididamente en el bando republicano. Al poco tiempo se le dio el mando del 1º batallón del estado de Chihuahua, combatiendo en las batallas de Menores y La Majoma. Posteriormente, tuvo acción de batalla en la Hacienda de Guadalupe, en el municipio de Coronado, contra las fuerzas invasoras. Gracias a sus logros militares fue ascendido de grado y en el año de 1865, el presidente Juárez, le nombró gobernador del estado de Chihuahua y jefe de la zona militar (Almada 127).

Tras la toma de la capital del estado por las fuerzas francesas el 10 de agosto de 1865, tuvo que cambiar la sede de su gobierno al oeste, al municipio de Guerrero. Al enterarse de la tentativa de captura en su contra por parte de las tropas imperialistas, salió de Guerrero adentrándose a la sierra rumbo al Mineral de Ocampo. En el trayecto fue alcanzado por las partidas enemigas, las cuales, entre los forcejeos le hirieron de gravedad. El Teniente Carmen Mendoza le disparó en el estómago, muriendo a las dos horas siguientes. Los eventos de su muerte

ocurrieron un 2 de septiembre. Se cuenta, que al estar en el lecho de muerte pronunció “Todo se ha perdido. Con mi muerte la causa nacional va a sufrir bastante” (Almada, 128). Sus restos fueron primeramente depositados en el panteón de la ciudad de Guerrero y posteriormente, en 1874, fueron trasladados a la ciudad de Chihuahua.

El monumento de Ojinaga se sitúa entre las calles Ocampo, Bolívar, Mina y 12º de la ciudad de Chihuahua. En 1910, se encontraba casi a las afueras de la mancha urbana,



Imagen n° 1: Monumento de Manuel Ojinaga.
Fotografía tomada por el autor
el 24 de marzo de 2017.

y en el presente, debido al crecimiento de la urbe, se localiza en un lugar céntrico. Sublime pero sencillo, estético pero serio. Su totalidad, de cantera. En cuanto a su altura, medirá alrededor de 10 metros. Parece ser una especie de obelisco. Su parte frontal da al paseo Simón Bolívar, presume también por ese lado una estatua de bronce del general, viste militarmente con casaca y pantalón, su mano izquierda toca la empuñadura de su sable, y con la derecha, toma por el borde de sus dedos una gorra. Mira con seriedad al horizonte, tiene la frente en alto. Debajo del cuerpo, es posible leer “General Manuel Ojinaga, 1834-1865”.

En la parte superior casi llegando a su fin, coronándolo, se encuentra un blasón republicano. Es un águila soberbia, extendiendo sus alas. El animal reposa en lo que parece un grueso tronco. Sus agarras se sujetan fuertemente a la madera. Sorprendentemente, el águila en su pico no lleva una serpiente, no es la hambrienta águila nacional. Por el contrario, lleva una rama de laurel, es un símbolo de victoria. Cae la rama sobre la cabeza del general Ojinaga. A los lados del monolito, unas palabras en su honor. De uno se puede leer “Dio honor al estado” y en el otro, resultando crucial para este trabajo, se puede leer “Muró por la patria”.

Su construcción se debió a la voluntad del gobernador del estado Enrique Clay Creel, quien al hacerlo trató de cumplir un decreto pospuesto desde el año de 1874. Entre otros miembros de la elite local involucrados en el proyecto, también estuvo el general Luis Terrazas. Fue en uno de sus terrenos donde se colocó el monolito, la propiedad la donó. Lo referente de su costo, la obra rondó los \$10,101,61 de entonces, mismos que fueron saldados con el dinero de las arcas del gobierno estatal (Almada, 400).

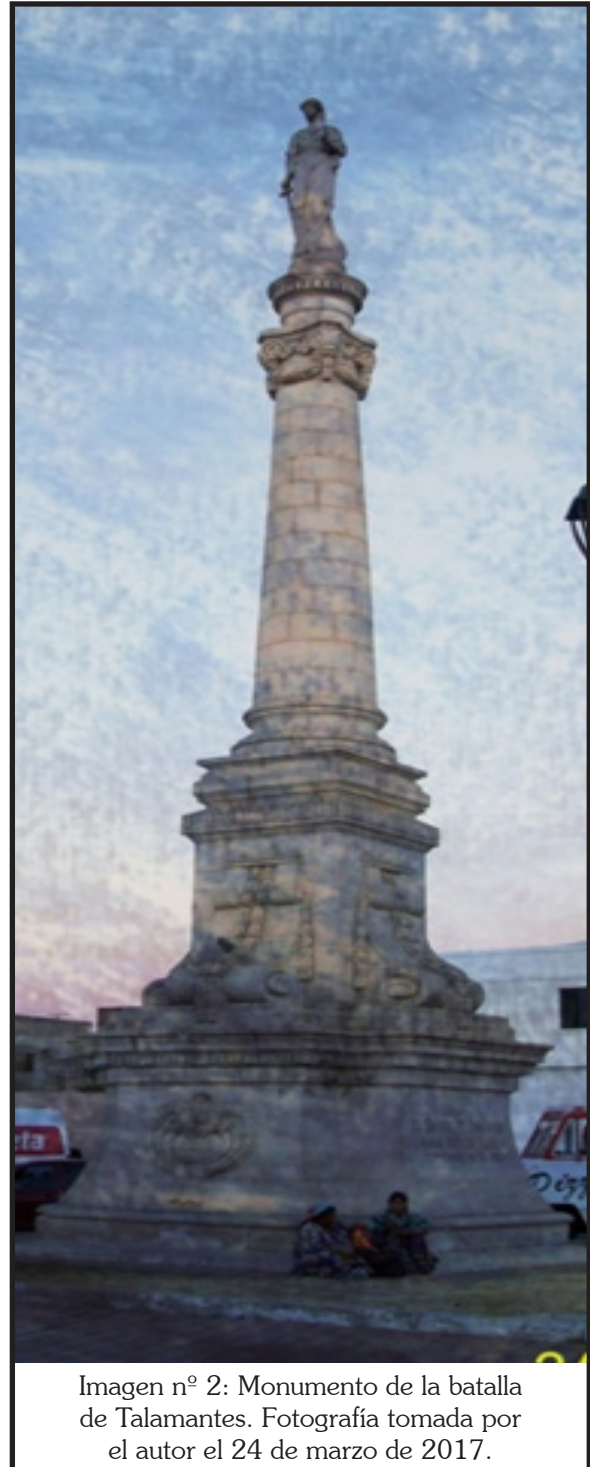


Imagen nº 2: Monumento de la batalla de Talamantes. Fotografía tomada por el autor el 24 de marzo de 2017.

En otro lado de la ciudad, al este, sobre las calles Juárez, Libertad y 19^o, se encuentra el segundo de los monumentos. Tiene como fin rendir homenaje a los hombres caídos en la batalla de Talamantes (imagen n^o2). Es hasta el momento, la estela más excelsa sobre la avenida Juárez, cuando se construyó, también debió de haberlo sido. No hay monumento que se le comparé por el rumbo. Está en un punto estratégico, su ubicación se interpone entre el centro de la ciudad y la vieja estación del ferrocarril. Quien llegaba de su viaje por la vía férrea, tuvo que forzosamente mirarlo cuando transitaba por la avenida Juárez. Era un bello adorno de bienvenida al foráneo, a la ciudad la hacía verse sofisticada.

En cuanto a su forma, de los tres es el más alto y grande. Al igual que el primero, completamente de cantera. Tiene una gran base rectangular y sobre ella, una gran columna. La pilastra es completamente lisa, tiene basamento y un capitel que parece ser corintio, de él caen algunos ramales que lo rodean. En lo más alto y rematándolo una hermosa escultura de roca. Parece una alegoría, muy probable es la guerra como una mujer, viste con túnica y su cabello está recogido, a la manera clásica. Su mano derecha empuña una larga espada y su izquierda permanece alzada, sostenía al parecer algo, no se puede saber con precisión ya que el tiempo ha hecho de las suyas y lo ha eliminado.

Su base la decoran adornos florales y hojas. En su lado frontal, permanecen las palabras de “Batalla de Talamantes,” en su lado izquierdo dice “El Estado de Chihuahua a sus buenos hijos, septiembre 13 de 1910”. Por la retaguardia, también permanecen algunas palabras, son las siguientes: “Murieron defendiendo el Orden y al Constitución, enero 18 de 1860”. Sin duda, es de gran importancia mencionar que en el lado derecho de su base se encuentra todos los nombres de los militares caídos en la batalla. Se tallaron los nombres de Octaviano López, Antonio de la Torre, José María Luján, Pablo Soto, Tomás Meza, Manuel Escudero, Dámaso Jiménez y Feliciano Domínguez, aunado se escribió en letras grandes “...víctimas sacrificadas en defensa de la humanidad y de la libertad del estado de Chihuahua”.

El monumento hace memoria al combate librado el 18 de enero de 1860, en la hacienda de Talamantes del municipio de Allende, Chihuahua. En ella, una tropa liberal procedente de Hidalgo del Parral comandada por el capitán Octaviano López, salió al encuentro de una partida de conservadores procedentes de Durango. Los liberales en la acometida fueron vencidos, se les dio en el lugar muerte a 62 hombres (Almada, 313).

Su edificación coincidió con los festejos de la independencia nacional, y de nuevo, fue posible al emprendimiento del gobernador Enrique C. Creel. Se decidió construir donde antes de 1910 se ubicaba la plazuela “Benito Juárez”, y con ello se cumplió un decreto demorado del año 1860 que pretendía dar justicia al sacrificio de los soldados liberales. Su costo estuvo entre los \$5, 500,00 de entonces, y se pagó con el dinero del

gobierno estatal. Fue Inaugurado el día 13 de septiembre de 1910 en una faustosa y emotiva fiesta por el gobernador del estado interino José María Sánchez (Almada, 406).

Por último, el monumento al héroe de Tres Castillos (imagen n°3). Fue construido también a petición del gobernador Enrique C. Creel. Hasta hoy es posible admirarlo. El monumento es singular por sus propiedades. Se colocó a la salida de la ciudad en la antigua calzada de Guadalupe, hoy la céntrica avenida Cuauhtémoc. Cuando se construyó, sin duda alguna avasallaba el paisaje, era lo más excelso y simbólico sobre la avenida. Daba la bienvenida a los forajidos, les tenía un mensaje. Era el monolito que avisaba de la bonanza en la que vivía la región. Sus señales, lo expuesto y escrito sobre él, daban alivio, esperanza y la promesa de que Chihuahua y sus alrededores mejoraban bajo las medidas de un nuevo régimen, las del “orden y progreso”.

Es un monumento de cantera, tal vez de unos siete metros de altura. Se inauguró el 12 de septiembre de 1910 y su costo rondó los \$ 5, 034,00. Es apolíneo, agradable a la vista y simétrico en su totalidad. Está dedicado al coronel Terrazas, y sobre él, en la parte frontal que da la cara a la calzada es posible leer “Combatió siempre por la libertad y el progreso y triunfó de la barbarie en Tres Castillo”. Lleva también un medallón de bronce con el perfil de Don Joaquín. En muchas de sus partes es posible encontrar hojas de laurel, simbolizan la victoria del orden y la razón sobre el desorden y la ignominia. Rematándolo en lo más alto de su masa, se encuentra un ser angelical tomando en su mano derecha una corona de laurel y en su izquierda una pluma.

A diferencia de los dos primeros, este monolito no hace alusión a la muerte de un militar. Su trascendencia se debe más a que hace alusión al fin de una época

sombría. Es un punto en el tiempo que marca un antes y un después. En la batalla de Tres Castillos, a mediados del mes de octubre de 1880, se pone fin a las grandes incursiones indias, además de que en tal acción se dio muerte a uno de los más temidos guerreros



Imagen n° 3: Monumento al héroe de Tres Castillos. Fotografía tomada por el autor el 24 de marzo de 2017.

apaches, el jefe Victorio. Joaquín Terrazas y sus causas, la libertad y el progreso, abrieron la posibilidad de pensar una nueva época y cerraron la etapa de barbarie. Muestra clara que defiende la idea del surgimiento de un nuevo tiempo a partir de la batalla, es el discurso pronunciado el día de su inauguración:

La intranquilidad reinaba por todas partes, el capital y el trabajo huían ante sus implacables enemigos a los cuales era difícil combatir, pues señores de las montañas, rápidos las cruzaban en todas direcciones, tal como pudiera hacerlo una manada de voraces lobos... Basta considerar por un momento la grandiosa obra del vencedor de Victorio, para pensar que, como todos los redentores de la humanidad, fue él, elegido del destino para salvar esta región y combatir impertérrito a los enemigos de la patria y del poder constituido... Sin él, el progreso de nuestras múltiples fuentes de riqueza se habría retardado por muchos años, y quizás aún fuéramos víctimas de los instintos feroces del salvaje.²

Por tal razón, en consideración de quien escribe, el monumento de Tres Castillos es el más significativo de los tres. En la época, pensar el concepto de modernidad fue posible sólo desde ese acontecimiento histórico. El Chihuahua moderno terracista nace gracias a él. El monolito tenía la función de homenajear a la persona que hizo posible la hazaña.

Descritos y contextualizados los ejemplos, sólo queda pasar a la sección de conclusiones. Pero antes se quieren añadir las siguientes palabras. A pesar de la longevidad de los monumentos, los cuales por más de cien años han permanecido de pie hasta el presente, es posible sentir la carga política de los mismos, su contenido continúa vigente. Vociferan la actitud y forma de pensar de la época donde fue pensado y creado. Las personas mueren, pero monumento perdura, trasciende llevando un mensaje a las generaciones futuras.

V

Las aseveraciones finales son las siguientes. Primero, es importante señalar la voluntad de los miembros de la poderosa familia Terrazas-Creel para construir las estelas en memoria de los militares chihuahuenses. Ciertamente es que dos de ellos desde la década de 1860 se habían ordenado construir, no fue hasta que la administración encabezada por Enrique C. Creel puso manos a la obra para cumplir los edictos. No antes, no después. Añadido a esto, resulta interesante que los monumentos y sus homenajeados estén estrechamente relacionados con las causas de las que siempre se adjudicaron los Terrazas-Creel, es el caso, por ejemplo, de la “libertad,” el “progreso,” la “república,” la “modernidad” y el “liberalismo.” Dichos conceptos fueron democratizados y politizados por la elite en la época. Pretextaron su dominio en la región a partir de ellos. Como documentos históricos, los monumentos testimonian los valores en boga en el pasado.

2. AHMCH, Fondo: Revolución Sección: secretaría Caja: 1 expediente: 2

En segundo lugar, el estudiar detalladamente los monumentos se advierte que estos cumplen con su propósito moderno. Las estelas justifican el sacrificio de sus homenajeados. El monumento de Manuel Ojinaga encauza su muerte al señalar “Murió por la Patria,” el de la Batalla de Talamantes justifica la muerte de los soldados liberales diciendo “...víctimas sacrificadas en defensa de la humanidad y la libertad...” y en el de Tres Castillos canaliza la vida del coronel Joaquín Terrazas al expresar “combatió siempre por la libertad y el progreso.” De igual manera, los monolitos justifican la existencia del presente y sus conceptos rectores ya que fueron posibles gracias a la inmólación de los hombres en el combate.

El tercer punto, los monumentos de Chihuahua plasman las cualidades expuestas por el historiador Reinhart Koselleck en su obra. Existe una similitud entre los habidos en Europa y los existentes de México. Tales características pueden ser peculiares de la época moderna pero no se relacionan únicamente con alguna región geográfica. El culto a los muertos y la racionalización de la muerte parece ser una generalidad. En Chihuahua también se hacía.

Los tres casos resultan ser de los más antiguos monumentos que permanecen hasta hoy en Chihuahua. Han perdurado firmes ante las acometidas de los años y es probable que sigan ahí, transmitiendo su mensaje a generaciones venideras. También, encierran la atmosfera del contexto histórico donde se construyeron, son remanentes del Chihuahua moderno terracista. Como fuentes resultan tan relevantes como lo pueden ser cualquier otra fuente histórica convencional.

Bibliografía citada

Almada, Francisco R. *Diccionario de Historia, Geografía y Biografía Chihuahuense*. del Azar, México, 2008.

---. *Guía histórica de la ciudad de Chihuahua*. Gobierno del Estado de Chihuahua, México, 1986.

Fusaro, Diego, “Reinhart Koselleck y los monumentos como indicadores de cambios históricos y políticos.” *Historia y Grafía*, año 22, n° 45, 2015, pp. 95-122.

García Alva, Federico. *Álbum-Directorio del estado de Chihuahua*. Gobierno del Estado de Chihuahua, México, 2004.

Guerra, François Xavier. *Del Antiguo Régimen a la Revolución*. FCE, México, 1989.

Knight, Alan. *La Revolución Mexicana*. FCE, México, 2010.

Koselleck, Reinhart. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Paidós, España, 2013.

Ponce de León, José María. *Reseñas históricas del estado de Chihuahua*. Gobierno del Estado de Chihuahua, México, 2010.

Archivos

Archivo histórico de la ciudad de Chihuahua (AHMCH).

Área de colecciones especiales de la secretaría de cultura del gobierno de Chihuahua.